Sacerdotes Trabajadores

J. M. Ganuza, S. J.

Los que siembran entre lágrimas... (salmo 125)

"Carta a un militante obrero" es un documento de hondo dramatismo. Es la carta de un sacerdote, "Juan, sacerdote", a un militante cristiano inmerso en el mundo obrero, desgarrado entre las dos tensiones, la obrera y la cristiana, y vacilante en su actitud de colaboración, o no, con los militantes comunistas de la fábrica. Eran los días duros de 1951. En Francia.

"En el camino, lleno de emboscadas, que has emprendido, escribe Juan "el cura", tienes necesidad de sacerdotes que hayan roto con el mundo que tú no quieres y hayan adoptado el que tú has elegido. Es la condición de toda evangelización.

Gracias a Dios, existen estos sacerdotes y cada día son más numerosos. No les exijas que tomen parte en las opciones que tú te has visto obligado a aceptar y, sobre todo, en lo que es más duro del combate obrero. Todo lo contrario. Exígeles, en cambio, que te den a Cristo, sin compromiso de ninguna forma, y para ello que Cristo asuma toda la humanidad. En este terreno el sacerdote es indispensable, está en su puesto.

Dar a Cristo es la tarea propia del sacerdote. No hay que desviarle de ella. Hay que persuadirle, por el contrario, que ésta es la primera de sus tareas. Hay que alertarle contra el peligro de hacer reemplazar su conciencia sacerdotal por la del laico a quien alienta y forma..." (1).

Para esta tarea no bastaba el sacerdote al margen de la vida obrera, aunque se creyera muy "obrerista" por otra parte y muy cerca de sus militantes. El testimonio del sacerdote obrero no sólo como testimonio de vida para la masa trabajadora descristianizada, sino como constante aliento para los militantes cristianos obreros también, con una presencia dinámica en los centros de trabajo, era una necesidad que se le adentró en lo más hondo del alma al cardenal Suhard, arzobispo de París. Le obsesionaba la creciente descristianización de las masas populares. Frecuentemente repetía casi violentamente y con la frente atormentada de arrugas: "Dios no me pedirá cuenta, el día del juicio, de cuántas almas he llevado a la comunión frecuente, sino de cuántas han quedado fuera de la Iglesia...".

El lunes de resurrección de 1943 le entregan el manuscrito de los sacerdotes Godin y Daniel, "Memoria sobre la conquista cristiana en los medios proletarios" (subtítulo: "Francia, país de Misión"), se pasa toda la noche en blanco leyéndolo y, después de larga reflexión y discusión con sus colaboradores, nombra al Rvdo. Hollande superior de la "Misión de París" con estas palabras: "Tendrá usted mucho que sufrir, pero desde ahora cuente con la ayuda de su arzobispo."

La "Misión de París" tenía como objetivo la evangelización de los paganos de la gran ciudad, particularmente de los proletarios. Quería responder a la angustia del cardenal Suhard: "Es terrible tener que cargar con 5 millones de almas... Mi obsesión es penetrar en la masa."

En febrero de 1944 cuatro sacerdotes de la "Misión de París", autorizados por su superior, piden al cardenal permiso para trabajar como obreros en las fábricas. "Tal vez el Espíritu Santo está detrás de todo esto, responde el arzobispo de París... No sería bueno contristarlo." Pío XII, en audiencia privada, aprueba la idea del cardenal, con la doble condición de que él asuma personalmente la responsabilidad y garantice su control permanente.

Entre las consignas dadas por el cardenal Suhard a la "Misión de París" destaquemos estas que, si se hubieran cumplido más tarde, especialmente en otros grupos de sacerdotes obreros, hubieran evitado gravísimos problemas:

> "**Las bases de "La Misión"**: En primer lugar, **la caridad** de Cristo. Después, **la piedad** para translucir el verdadero rostro de Cristo (y una piedad alimentada de Evangelio). **La entrega** y el don total de sí. Hay que saber encarar las pruebas, los fracasos, las contradicciones, las incomprensiones... **La prudencia**, con mucha generosidad, y que no excluye la audacia. **La doctrina**, pues hay que instruir a los catecúmenos dándoles toda la doctrina que puedan asimilar. **La disciplina**, que será la fuerza del equipo y el medio de evitar las desviaciones."

El cardenal Suhard, que muere en mayo de 1949, vive muy cerca la experiencia de los sacerdotes obreros, que son su martirio y su corona, de espinas muchas veces; siente su corazón dolorido por las desviaciones del ideal sacerdotal que empiezan a aflorar y pide con frecuencia oraciones "para ver claro" y para que el Señor bendiga a los sacerdotes obreros, particularmente a los que, bajo sus órdenes, evangelizan en la "Misión de París".

"Usted, que va a ver pronto al Señor, le rogaba a un venerable sacerdote moribundo, pídale que mis sacerdotes obreros sean **verdaderamente sacerdotes.**"

"Y se va, se va, llorando, cargando la semilla..." (salmo 125)

Ya conocemos la experiencia, no del todo feliz, de los sacerdotes obreros, particularmente en los años que precedieron inmediatamente al gran "frenazo" de noviembre de 1953.

(1) Revue de l'Action Populaire, enero 1952, pág. 46, París.

Pasé todo el mes de julio de 1952 en París. El ambiente estaba caldeado en relación con los sacerdotes obreros. El 8 de marzo del mismo año Gabriel Cesbrón había lanzado a la publicidad su novela "Los santos van al infierno", que era aquellos meses el "best-seller". El mes de mayo dos sacerdotes obreros, participantes en las manifestaciones contra el general Ridgway, fueron detenidos y golpeados por la policía. En bien o en mal, los sacerdotes obreros eran el plato del día en París y en toda Francia. Yo mismo, personalmente, pude conocer el heroísmo sacerdotal y la honda virtud cristiana de algunos de los sacerdotes obreros que traté, pero también algunas claras desviaciones.

Y comienzan las restricciones. Viene en primer lugar la carta del cardenal Pizzardo, secretario de la Congregación del Santo Oficio, del 27 de julio de 1953, prohibiendo absolutamente a los seminaristas franceses los ensayos de trabajo obrero, que hasta el presente habían dado resultados negativos.

El mes de agosto del mismo año la Congregación de Religiosos envía una circular a todos los superiores mayores de congregaciones religiosas que tengan sacerdotes obreros, ordenando retirarlos "por las graves peligros, tanto para la fe como para la disciplina eclesiástica y religiosa, a que están expuestos...".

Los obispos franceses que han aceptado la experiencia en sus diócesis y concretamente el cardenal Feltin, sucesor del cardenal Suhard, en orientaciones al clero y aun en cartas pastorales, reconocen la necesidad o suma utilidad de la experiencia apostólica de los sacerdotes obreros, pero no ocultan los graves peligros a que están sometidos y piden a fieles y sacerdotes que reemplacen las críticas por la caridad y la oración.

Después de una larga audiencia con Pío XII, declaran en documento de 13 de noviembre de 1953 los cardenales Feltin y Gerlier; que la experiencia de los sacerdotes obreros no puede continuarse en la forma existente, pero que la Iglesia no puede romper el puente ya establecido con el mundo obrero. Por ello habría sacerdotes obreros, pero con las condiciones siguientes:

- Serían escogidos especialmente por su obispo;
- Deberían recibir una formación adaptada a su trabajo y sólida, tanto bajo el punto de vista doctrinal como espiritual;
- Sólo dedicarían al trabajo manual un tiempo limitado para responder así a las exigencias de su estado sacerdotal;
- No aceptarían ningún compromiso temporal, de forma que fueran arrastrados a una actividad sindical o similar, que sería exclusiva de los laicos;
- No vivirían aislados, sino integrando una comunidad de sacerdotes, o parroquial, aportando cierta ayuda a la vida parroquial.

En carta del 19 de enero de 1954 los obispos que tenían en sus diócesis sacerdotes obreros determinaron limitar a tres horas diarias su trabajo y exigirles la renuncia a sus compromisos sindicales. Setenta y ocho sacerdotes-obreros protestan públicamente en un comunicado, en el que "reivindican el derecho de solidarizarse con los trabajadores en su justo combate...". Más de la mitad de los sacerdotes obreros se niegan a obedecer, dirá más tarde el cardenal Feltin. Algunos desobedecen parcialmente, pero mantienen contacto con sus obispos.

Cruz demasiado pesada para la Iglesia de Francia, "una catástrofe", la llamó el cardenal Lienart. Y el cardenal Feltin subraya con humilde valentía: "Roma debe caer en cuenta que después de esta medida la Iglesia va a aparecer delante de los obreros como vinculada definitivamente al capitalismo...".

No podemos menos de recordar las palabras del P. Congar ante la inminencia del golpe, que repercutió también dolorosamente sobre él:

> "Se puede condenar una solución si es falsa, pero no se condena un problema. Y el problema, hágase lo que se haga, permanece, y es el mismo problema que estorbaba el sueño del cardenal Suhard después de la lectura de "Francia, país de misión".

Remachando el clavo...

Los militantes cristianos del medio obrero exigen, a veces un poco destempladamente, la reanudación de la experiencia de los sacerdotes obreros, y no acaban de contentarse con la solución de los "sacerdotes en el trabajo" (prêtres au travail), que les parece anodina y aun contraproducente. La "Misión Obrera", que dirige el cardenal Feltin, fundada en 1957, empieza a exigirlos también a gritos. M. Chirat, en su informe sobre la Acción Católica Obrera de Adultos (ACO) y su puesto en la "Misión Obrera" (El encuentro nacional de la ACO, 24-26 de abril, 1959) reclama su presencia en el mundo del trabajo. Resumamos algunas de sus ideas:

> "La Misión Obrera tiene como fin la evangelización privilegiada y metódica de la clase obrera, armonizando, coordinando la actividad de los organismos comprometidos en el apostolado obrero, inventando métodos propios, suscitando las iniciativas y las colaboraciones necesarias, integrándolas en este esfuerzo original: sacerdotes, religiosos, religiosas y laicos...
>
> La Misión Obrera, que cuenta con 19 sectores misioneros en 19 diócesis, debe, para poder progresar:
>
> —Participar en el mayor grado posible la vida obrera a la que lleva su mensaje;
>
> —Conceder una prioridad absoluta a la misión de evangelización...;
>
> —Llevar el signo y el don del sacerdocio al mundo obrero. Actualmente, 60 sacerdotes, que, por otra parte ejercen el trabajo de vicarios o asesores de A. C., son sacerdotes "en el trabajo", dedicándose al trabajo asalariado durante medio día...;
>
> —Acordándonos de la experiencia de los sacerdotes obreros, de la resonancia profundamente religiosa de su inserción en las empresas..., acordándonos también de las razones y las dificultades que han llevado a la Iglesia a interrumpirla, **volvemos a repetir hoy, filialmente, que, en el cuadro y en las perspectivas de la "Misión Obrera", los sacerdotes "en el trabajo", a tiempo completo en las grandes y pequeñas empresas, responderían a un llamamiento misionero urgente.**
>
> Es la Jerarquía la que debe examinar el asunto y decidir... La ACO ,vinculada hace dos años a la "Misión Obrera" en esta implantación sólida de la Iglesia en el mundo obrero, espera con confianza y anhelo que, junto a sus miembros, los sacerdotes vengan a dar testimonio del amor del Señor y de la verdadera realidad de la Iglesia." (2)

Bastantes obispos franceses, sintonizando con la ACO, piden también, repetidamente, a Roma, la reanudación de la experiencia. Con ocasión de dos via-

(2) Documentation catholique, 24 mayo de 1959.

jes que hace a Roma entre 1954 y 1957 el cardenal Feltin, que preside la "Misión Obrera", expone claramente los inconvenientes del medio tiempo de los sacerdotes en las fábricas. En una de las audiencias Pío XII le contestó: "Haga lo que crea mejor. Confiamos en usted." En consecuencia, el cardenal autorizó a seis sacerdotes de París el trabajar a tiempo completo.

Juan XXIII había conocido muy de cerca el problema durante su nunciatura en París. ¿Estaba mal informado? ¿No lo llegó a entender?... Con ocasión de la primera audiencia que le concedió pidió al cardenal Feltin un informe completo para las Pascuas de Resurrección de 1959. La respuesta del Papa se iba retrasando... y el cardenal Tardini, tras una larga entrevista con el arzobispo de París, le comunicó que recibiría pronto una nota del Santo Oficio sobre el asunto. Y sobre el bosque de esperanzas descargó el terrible aguacero de la carta del cardenal Pizzardo, quien, en respuesta al informe de Monseñor Feltin, comunicaba las decisiones del Santo Oficio después de sus reuniones plenarias del 10 y del 24 de junio, y que había confirmado el Papa. Toda la prensa de Francia y aun la gran prensa internacional gritaron al mundo la noticia con el escándalo maligno o el dolor resignado de sus grandes titulares el 15 de septiembre de 1959.

La Santa Sede contestaba así a la demanda del cardenal Feltin "de permitir que sacerdotes escogidos por su obispo, bien preparados, sostenidos por una vida espiritual auténtica y unidos al clero parroquial, pudieran trabajar en fábricas y minas a tiempo completo...".

1.—La Santa Sede participa de la angustia del episcopado francés sobre la suerte de la clase obrera alejada de Cristo y le felicita por su celo... Por otra parte, es difícil considerar como totalmente descristianizados masas de hombres que han recibido "el carácter sagrado e indeleble del bautismo".

2.—La Santa Sede estima que para evangelizar a los medios obreros no es indispensable enviar sacerdotes como obreros a los medios de trabajo, y que no es posible sacrificar la concepción tradicional del sacerdocio a este fin, que, sin embargo, es considerado por la Iglesia como una de sus misiones más queridas...

3.—La Santa Sede estima, además, que el trabajo en la fábrica o en la mina es incompatible con la vida y las obligaciones sacerdotales... Por otra parte, el trabajo en las fábricas, aun en empresas menos importantes, expone, poco a poco, al sacerdote, a la influencia del medio...".

Y acaba diciendo la famosa carta que todas estas razones (que nosotros hemos resumido) han decidido al Santo Oficio a imponer la cesación del trabajo de los sacerdotes como obreros y empleados en fábricas, minas, talleres... y aun como marinos en barcos de transporte o pesca... y la sustitución de los "sacerdotes en el trabajo" por grupos de sacerdotes y laicos especialmente consagrados al apostolado en los medios obreros.

El dolor que causó en la Iglesia de Francia esta medida se refleja en la prensa católica del tiempo, y aún ha perdurado aquejando a los grupos católicos, sacerdotales y laicos, que han sentido la angustia de la descristianización de la clase obrera. Y no sólo en Francia, nación piloto, sino también en el resto del mundo católico.

En el libro del obispo-obrero Mons. Ancel, heroico parachoques de todos los golpes en aquellos días duros, **"Cinco años con los obreros"**, asistimos a este doloroso drama, que acrisoló a la Iglesia de Francia purificándola de peligrosas aleaciones.

En las siguientes reflexiones del editorial de "Cahiers d'Action Religieuse et Sociale" (1 de octubre de 1959), revista de divulgación social dirigida por los PP. Jesuítas de Action Populaire, de París, grupo de estudio y acción sumamente serio y equilibrado, se trasluce el impacto de la medida.

> "¿Por qué negarlo? En primer lugar, este documento provoca en nosotros una dolorosa sorpresa... Recordamos sacerdotes obreros que han sido admirables apóstoles...
>
> Nuestra tristeza procede también de que hemos contemplado a decenas de sacerdotes afectados por la orden de enero del 54 que se han sometido y han seguido el camino que Roma les trazó: trabajo a medio tiempo, o trabajo artesanal, o para llevar una vida fecunda de vicarios obreros... Y ahora se les golpea por segunda vez.
>
> Su obediencia es una invitación para rebasar nuestra sorpresa y colocarla en la fe en esta **maestra de verdad** que es la Mater Ecclesia."

Y después de una crítica mesurada y razonable sobre "la incompatibilidad entre el trabajo manual y el sacerdocio" (en contra de toda la tradición de la Iglesia) y el fenómeno de descristianización en Francia, y no excluyendo las lamentables deficiencias de la experiencia de los sacerdotes, particularmente en su fase anterior a 1954, concluye así el editorial:

> "El documento de la Iglesia nos lleva a una idea fecunda que el clero francés se honra de haber acogido antes que otros tal vez: la idea de que el sacerdote no puede concebir su apostolado en la soledad, sino a través de una comunidad de laicos, de los que debe ser el animador y educador. La célula laicos-sacerdote es la célula madre de la Iglesia. Tal vez lo hemos perdido un poco de vista. Sin la comunidad de los fieles a la cual ordena su función, el sacerdote está como amputado de las bases de su existencia espiritual. Sin el sacerdote, la comunidad de los fieles carece de alma. ¿No está hecha la Iglesia de esta simbiosis de sacerdocio y laicado cristiano y apóstol? El alcance de este documento ¿no es esencialmente devolvernos a esta idea en la que volvemos a encontrar lo más fecundo que ha existido en el cristianismo de nuestro país?"

Cantando cosecharán... (salmo 125)

La noticia ha sido una primavera que el cambio de ambiente en la Iglesia, debido al Concilio y su apertura al mundo en un nuevo afán misionero, dejaba ya presentir. El episcopado francés, reforzado por varios episcopados nacionales, se arracimaba en la unanimidad frente al problema de las masas descristianizadas y el testimonio eficaz del sacerdote trabajador. Signos de los tiempos. El mismo cardenal Ottaviani, prefecto de la Congregación del Santo Oficio, se extrañaba del cambio de mentalidad de muchos de sus componentes. Y en la cuarta sesión conciliar un obispo español propugnó la conveniencia de que los sacerdotes se ganaran el pan con el trabajo de sus manos.

El sábado 23 de octubre, a las 7.15 p. m., después de una reunión del Episcopado francés, Mons. Haubtmann envió este importante comunicado a la prensa romana e internacional:

- El Episcopado francés se propone, de acuerdo con la Santa Sede, autorizar a un pequeño grupo de sacerdotes a trabajar a tiempo completo en fábricas y minas, tras una debida preparación.
- La misión confiada a los "sacerdotes en el trabajo" es esencialmente sacerdotal: como todos los sacerdotes, ellos están consagrados al anuncio del Evangelio.
- Por eso la escogencia de estos sacerdotes deberá responder a exigencias precisas: aptitudes, formación adaptada, condiciones de vida comunitaria, relaciones estrechas con los demás sacerdotes y militantes de Acción Católica Obrera del sector en que van a trabajar.
- El sacerdote "en el trabajo" podrá sindicarse, pero, sabiendo que las tareas temporales incumben propiamente a los militantes obreros, se abstendrá de tomar responsabilidades en la acción sindical y política, en cualquier nivel que sea.
- Esta iniciativa dependerá de la responsabilidad del Comité Episcopal de la "Misión Obrera" habilitado por el Episcopado para seguir esta primera etapa.

El principal mérito de esta iniciativa consiste en anular la decisión de Roma sobre el trabajo a tiempo completo de los sacerdotes y permitírselo en las grandes fábricas y minas. Unos treinta sacerdotes trabajaban actualmente en Francia, pero en pequeñas empresas o en la artesanía o a medio tiempo, con permiso, por supuesto, de sus obispos respectivos. Pequeños grupos lo hacían en otros países, a lo que no afectaba la prohibición romana, pero en condiciones similares a los anteriores. Diez de ellos trabajaban, por ejemplo, en Bélgica, a tiempo completo, pero en pequeñas empresas.

Entre los religiosos, dominicos y jesuítas contaban con excelentes equipos de sacerdotes "en el trabajo". Unos 30 jesuítas, bien preparados para ello, trabajaban en fábricas y talleres. Su experiencia, ya purificada de amalgamas, iluminó probablemente al Episcopado francés en vistas a la nueva empresa de los "sacerdotes trabajadores".

Se sabía que Paulo VI, después de su experiencia pastoral de Milán, era favorable a la reanudación condicional de la experiencia, y es voz común que ha sido él quien solicitó del Santo Oficio la remoción de la medida.

Para comprender el alcance de la iniciativa resumamos las declaraciones que a su respecto hizo a "La Croix", de París, Mons. Veuillot, arzobispo-coadjutor de París y presidente de la Comisión Episcopal de la "Misión Obrera" y, consecuentemente, responsable de la experiencia que se va a emprender.

- No se trata de la vuelta de los "sacerdotes-obreros" tal como fue el ensayo hace 15 años, pues los nuevos equipos sacerdotales serán muy distintos... Los sacerdotes trabajadores estarán en contacto con los militantes cristianos y sus compañeros sacerdotes y sostenidos por toda la Iglesia. Así se establecerá una estrecha unión. Es lo que llamamos "Misión Obrera".
- La presencia de algunos sacerdotes en el mundo del trabajo no tiene otro objeto que realizar la Misión de Cristo en el mundo: manifestar el amor del Padre a todos los hombres. El sacerdote, pues, entre los trabajadores es signo de la voluntad universal de salvación de Cristo y de la Iglesia...
- Vivirán en equipo, en vida comunitaria. En ella encontrarán el ambiente para la oración, la cual es el sustrato de la vida sacerdotal y la que une con Dios su tarea diaria.
- El sacerdote trabajador podrá sindicalizarse, pero no asumir tareas de acción sindical o política. No es un líder. Su papel es un servicio humilde y fraterno que no encubre la tarea sacerdotal. El período de prueba de tres años ayudará a perfeccionar la experiencia...

Monseñor Veuillot quiere que se suprima toda bulla publicitaria en torno a los nuevos sacerdotes trabajadores. "Tratemos, dice, de dejarles cumplir silenciosamente la misión que Cristo y la Iglesia les confían."

No compartimos el exagerado triunfalismo de algunos grupos, y nos disgusta el espíritu de revancha y de antirromanismo que rezuman algunas publicaciones. No aceptamos de ninguna forma llamar "brutales", como lo hace un editorialista de un famoso semanario francés, a las medidas que Roma juzgó prudente tomar anteriormente. Difícilmente entendemos con el P. Biot, O.P. (T.C. 28 de octubre) cómo van a poder rehuir el asumir los "sacerdotes trabajadores" su tarea de responsabilidad sindical. Con él creemos que los futuros equipos de sacerdotes trabajadores encontrarán respuesta a este y otros problemas que se suscitan.

Con un alto dirigente de la Acción Católica Obrera de Francia podemos resumir: "Gozo, esperanza, pero también realismo. Después de todo, los sacerdotes-trabajadores no son una panacea y la evangelización de los medios obreros queda principal y casi exclusivamente para el laico cristiano, para el obrero simplemente."

Gozo también porque la Iglesia católica oriental no le va en esto a la zaga a la latina. Y no sólo porque en ella existan institutos seculares, como la "Sociedad de compañeros de Jesús", carpinteros, que trabajan como tales y tienen la misión de evangelizar a los pobres. En esto la Iglesia latina también es fecunda. Pero porque la Iglesia melquita, por ejemplo, ha superado nuestro concepto "sacerdotes-obreros" y tiene ya sus obreros-sacerdotes.

> "Ciertos laicos piadosos, declara el Sínodo melquita de 1964, han pedido ser agregados al clero y ser ordenados de sacerdotes permaneciendo en su vida de trabajo ordinario. Nada impide en principio esta ordenación, bajo condición de que el obispo del lugar juzgue de sus aptitudes para las órdenes sagradas y del bien que pueda producirse con esta situación en los medios en que se encuentran."

No encontramos manera mejor de acabar estas notas que las palabras del teólogo francés P. Chenu, O. P., con ocasión de esta grata noticia que comentamos:

"El consentimiento oficial de la Santa Sede para la reanudación de la presencia efectiva y diaria de sacerdotes en el medio obrero, y más en general en el mundo del trabajo, alegrará a todos aquellos que aún están bajo la emoción fraternal y apostólica de su primer compromiso.

"Las vicisitudes recientes enseñan una gran lección. Retengamos que no se trata de un oportunismo que sería de lo más desagradable. Podemos decir, a la luz de la Constitución sobre la Iglesia en el Concilio, que se trata de una consecuencia lógica e inmediata de la misma naturaleza de la Iglesia: su envío al mundo se realiza por una presencia humana, así como Cristo, enviado al mundo, realizó en él y en la historia su Misión por una presencia totalmente humana."